

“EL MUNDO ES MENTAL”

por Francisco Manuel Nácher

a.- Esta conferencia va a ser distinta. No me voy a limitar a haceros escuchar en silencio. Esta vez voy a intentar haceros pensar, que es lo que hay que hacer siempre cuando se está en el ocultismo.

El título de la charla “El mundo es mental” ya nos da la pista de por dónde vamos a transitar. Porque el mundo en que vivimos lo vamos creando nosotros mismos.

Sé que no lo creeréis y pensaréis que es una afirmación mía gratuita. Pero no. Y vamos a descubrirlo hoy aquí todos juntos.

Cerrad los ojos durante unos segundos e imaginad que no tenéis ningún sentido: ni vista ni oído ni olfato ni gusto ni tacto. Y, después, decidme qué noticia tendríais del mundo.

Me diréis que no tendríais ninguna noticia. Luego, sensu contrario, si sin los sentidos no tenéis ninguna noticia del mundo, ello significa que todo lo que sabéis del mundo lo sabéis sólo gracias y a través de los sentidos, ¿no?

Supongo que eso ha quedado claro.

Ahora, imaginad que miráis un árbol, por ejemplo. Lo miráis y, claro, lo veis. Y sabéis que es un árbol. Y yo os pregunto: ¿y cómo lo veis?, ¿es que el árbol se ha metido en vuestra cabeza? Me diréis que no, que el árbol no se mete en vuestra cabeza ni en la de nadie.

Y yo os preguntaré: Entonces, ¿cómo es que lo veis?

Y me diréis que vuestro nervio óptico percibe luz y colores y, luego, vuestro cerebro traduce esas luces y esos colores en una imagen de árbol que es la que veis. O, mejor, la que creéis ver. Y yo seguiré preguntado:

¿Y cómo sabe vuestro cerebro que lo que habéis mirado es un árbol y no una bicicleta, por ejemplo?

Eso ya es imposible de responder. Imposible, a no ser que resulte que vosotros sabéis que es un árbol porque, desde niños – y los niños son verdaderas esponjas que lo absorben y aprenden todo – se os dijo que esas luces y esos colores eran un árbol. Y luego comprobasteis que todos llamaban árbol a esas vibraciones.

Y, con el tiempo, habéis mecanizado esa operación de asignar ese nombre a esas vibraciones de luz y color.

Y me diréis, ¿es que los nervios ópticos no pueden percibir más que luces y colores? Y yo os diré: pues no. Los nervios de los sentidos sólo pueden percibir vibraciones, sólo vibraciones. Y las vibraciones sólo tienen dos variantes: longitud de onda y frecuencia. Así que la luz tendrá una determinada longitud de onda y una determinada frecuencia, que darán lugar a que nuestro nervio óptico perciba más o menos luz o éste o aquel color.

Y me preguntaréis: ¿Y los demás sentidos?

Y yo os responderé: los demás sentidos hacen lo mismo: percibir la longitud de onda y la frecuencia de las vibraciones que les llegan y son capaces de percibir. Y, si se trata de una vibración muy pequeña, el cerebro interpretará esa vibración como algo denso, duro o blando o liso o rugoso o líquido o gaseoso. Y, si la frecuencia de la vibración percibida es mayor, la traducirá como calor o frío, y si es aún más alta, la traducirá como los distintos olores, perfumes o aromas, o como los diferentes sabores o, si es muy alta, como colores o como luz. Pero siempre serán vibraciones, porque toda la materia de todo el universo está formada sólo por vibraciones.

Por tanto, si miramos un árbol y sabemos que es un árbol, es porque lo aprendimos de niños y lo guardamos en la memoria y, luego, a lo largo de la vida, lo hemos seguido reconociendo como tal y añadiéndole detalles en base a las vibraciones más o menos parecidas que hemos ido percibiendo, y comprobando que los demás aceptaban la misma interpretación.

Se dice – y yo no lo puedo corroborar porque no estuve allí – que, cuando las tres carabelas de Colón arribaron a las costas americanas, los indígenas no las vieron. Y no las vieron porque su memoria visual no tenía almacenadas sensaciones como aquéllas y, por tanto, no podían saber qué eran. Luego, cuando supieron que se trataba de tres “canoas muy grandes”, ya estuvieron en condiciones de hacer analogías, establecer relaciones y “ver” las carabelas como las veían los españoles.

Y lo mismo que les ocurrió a los indígenas americanos con la vista, nos ocurre a todos con los demás sentidos y con todos los

objetos, personas, animales, sonidos, olores, sabores y objetos que percibimos.

Pero, como cada uno de nosotros hemos tenido una familia y una escuela y unos amigos y un ambiente distinto desde que nacimos y, consecuentemente, una memoria propia y exclusiva, la interpretación que cada uno hacemos es, necesariamente, personal y nunca exactamente igual que la de nadie más. El árbol real será el mismo para todos, pero lo que cada uno de nosotros veamos será distinto. Y nunca sabremos lo que ven realmente los demás.

Lo que nos llega, pues, por los sentidos, supongo que está claro que son vibraciones que los sentidos perciben y que nuestro cerebro traduce a imágenes, colores, sabores, texturas, sonidos, temperaturas, luz, etc.

El mundo físico, pues, que nos parece tan real, es algo fruto sólo de nuestra memoria y de su interpretación. Es decir, creación nuestra. Es un mundo irreal, de ficción.

Pero, sigamos con nuestra investigación: Imaginemos que todos los presentes vemos una película en la que hay escenas de amor, de odio, de envidia y de venganza, etc. La película, es decir, las vibraciones que percibamos de las distintas escenas serán las mismas para todos pero, como cada uno hemos tenido una vida emocional distinta desde la niñez y hemos aprendido a interpretar esas vibraciones de una manera determinada y con una intensidad distinta, las emociones que sintamos al ver la película serán también distintas. O sea, que nuestro mundo emocional acabará siendo también una creación nuestra.

Y si, después de ello, se nos diese a cada uno una cuartilla con tres refranes escritos y se nos pidiera, por ejemplo, que debajo de cada uno escribiésemos lo que ese refrán nos sugería, ¿escribiríamos todos lo mismo? ¡No! ¿Por qué? Porque también, desde niños, nuestra interpretación de las vibraciones mentales, de lo que cada palabra significaba, ha sido distinta como consecuencia del ambiente en que cada cual ha crecido y vivido.

¿Es que el mundo físico y el emocional y el mental no existen?- me preguntaréis. Y yo os responderé: Sí. Claro que existen. Pero existen como vibraciones. Vibraciones que cada uno de nosotros interpretamos según nuestra propia experiencia anterior, es decir, creamos.

b.- El segundo punto – muy importante – a resaltar esta noche es el de que todos creemos que todos los demás viven en el mismo mundo que nosotros, en el nuestro y, como hemos visto, no es así. Y de esas diferencias de interpretación y de esa seguridad nuestra de que el mundo en que viven los demás es el nuestro, surgen las diferencias de visión, de interpretación, emocionales y mentales que nos llevan a toda clase de enfrentamientos. Si tuviéramos presente la VERDAD incontestable de que cada uno vivimos en un mundo propio y distinto de los mundos de los demás, estaríamos incursos en esa cita de Cristo cuando nos dijo: **“...conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.”**

c.- No en balde, los ocultistas célebres llamaron a esos mundos (físico, etérico, emocional y mental) “mundos de ficción” o “irreales”. Y nos han dicho que, por encima del mundo mental, es decir, desde el mundo Búdico o del Espíritu de Vida, ya no existen la materia ni la diferencia, sino que la conciencia es una con el todo, que todo es vida, ser y amor. Nos lo han dicho, pero eso no se ha tenido en cuenta por la humanidad. No se ha enseñado, no se ha reflexionado y no se ha hecho propio, y nos hemos convencido de que nosotros somos nuestros cuerpos cuando, en realidad, nuestros cuerpos son sólo los vehículos de nuestro espíritu – nuestro verdadero YO – que le sirven para situar su conciencia en los distintos mundos, vivir en ellos y adquirir experiencia en ellos. Y nosotros hemos confundido el vehículo con el conductor. Y, de conductores que somos, nos hemos convertido en vehículos sin conductor, porque éste no sabe que lo es y va adonde el vehículo quiere ir.

d.- Hace unos años, escribí un artículo comentando el milagro de la curación del ciego de nacimiento, contenido en el evangelio de San Juan (9:1-25), y en cuya narración, sobre todo en la pregunta de los Apóstoles y, especialmente, en la respuesta de Cristo, estaba claro el mensaje de la reencarnación (los apóstoles le preguntaron si aquel hombre era ciego de nacimiento como consecuencia de sus propios pecados o de los pecados de

sus padres, y Cristo no les reprochó la contradicción de que un ciego de nacimiento lo fuese por sus propios pecados).

Pero me di cuenta entonces de que era imposible que un ciego de nacimiento pudiera recibir la vista milagrosamente y, a partir de ese mismo instante, hacer vida normal, pues no se reconocería ni a sí mismo. Eso demostraba que el pasaje evangélico del milagro puede ser cierto, pero no puede serlo lo que se narra a continuación, de que el curado se comportó como un hombre acostumbrado a ver de modo normal. Esa parte fue, indudablemente, una adición posterior de alguien “bien intencionado,” intentando resaltar la maravilla del milagro. Claro que entonces no se conocían los nervios ópticos ni que la materia no es sólida sino formada por campos electromagnéticos, ni cómo aprendemos a interpretar esos campos, es decir, “a ver”.

e.- Mi sospecha se ha visto confirmada recientemente pues, - como me ocurre con frecuencia, cuando preparo algo para alguna conferencia, se produjo una hermosa sincronidad – y hace unos quince días, me desperté de madrugada, conecté la TV y, “casualmente” vi un reportaje muy interesante en el canal 2. Se trataba de un hombre que perdió la vista, de muy niño, en un accidente y, desde entonces, ha sido ciego y como tal se ha tenido que educar y desenvolver en la vida. Pero, al llegar a los 43, los médicos han pensado que podrían devolverle la vista, así que le han injertado dos córneas y, ¿qué diréis que ha ocurrido? ¿Qué ha recobrado la vista? Pues no. Lo que ha sucedido es que sólo ha percibido luces de distinta intensidad y, como no sabe interpretarlas, y nadie le ha enseñado a hacerlo, sigue yendo por la calle ayudado de su bastón de ciego y sin ver nada del mundo que le rodea, a pesar de tener dos ojos perfectos. Él está percibiendo el mundo real tal cual es. Pero no puede ver el que nosotros vemos porque no ha aprendido a interpretarlo, es decir, a crearlo, como hacemos nosotros.

f.- Esto, además, nos ratifica en la necesidad total y absoluta de la convivencia íntima, lo más íntima posible, durante la infancia, con nuestros parientes próximos y, sobre todo, nos llama la atención sobre la importancia que tiene el elegir bien a los

educadores de nuestros hijos, ya que gran parte ellos serán los que les enseñarán a ver el mundo de una u otra manera durante el resto de su vida y deberán, por tanto, saber ayudarles a ir perfeccionando y perfilando sus percepciones iniciales con las observaciones de los demás, aprendiendo así a manejarse en el mundo y desarrollando sus sentidos que, como hemos visto, son la única vía de acceso del mundo exterior a nuestro mundo interno.

g.- Otra consecuencia importantísima de estos hallazgos es la de que, si todo eso es cierto, que lo es, podemos sanar de nuestras dolencias y enfermedades simplemente interpretando de otro modo lo que veníamos interpretando como tales dolencias. Y ello por dos motivos: primero, porque toda enfermedad, toda dolencia, es consecuencia de una desarmonía entre los vehículos, es decir, que es siempre psicósomática. O sea, que nos la hemos causado nosotros mismos, consciente o inconscientemente y, por tanto, podemos perfectamente desandar el camino sanando de ella, bien de modo rápido, o bien descubriendo mediante el autoexamen nuestros fallos y rectificando nuestros hábitos físicos etéricos, emocionales o mentales, causantes de aquéllas, y recuperar así la salud.

El Dr. japonés Masaru Emoto ha demostrado que el agua no cristaliza igual si lo hace oyendo oraciones o música sinfónica, que si se congela oyendo insultos o conciertos de heavy metal o ruidos o determinadas voces de personajes tristemente célebres. Porque, en el primer caso, se producen bellísimos cristales simétricos y, en el segundo, otros deformes o feos o hasta informes. ¡Y el agua constituye el 80% de nuestro cuerpo! Luego, si se escuchan – o peor, si se emiten - sonidos o emociones o sentimientos que la naturaleza rechaza, - el agua no es inteligente ni razona, sino que obedece las leyes de la naturaleza - el agua de nuestro cuerpo reaccionará negativamente y en el 80% de nuestro cuerpo habrá distorsiones vibracionales que podrán terminar en enfermedades o mal funcionamiento de determinados órganos.

Y ello se produce porque las leyes naturales están ahí y son inapelables y les estamos sometidos. Y, si actuamos de acuerdo con ellas, nos ayudan, pero si las infringimos, luchan contra

nosotros y, a la larga, nos hacen siempre perder esa guerra. Por ejemplo, la Ley de la Gravedad atrae la materia hacia el centro de la tierra y por eso, si queremos bajar un objeto desde donde está situado, lo podemos hacer, sin ningún esfuerzo, dejándolo caer y la ley natural hará el trabajo; en cambio, si queremos subirlo desde donde se encuentra hasta otro sitio más elevado, es decir, más lejos del centro de la tierra, como eso contradice la ley, tendremos que hacer un esfuerzo para subirlo y desgastar la energía necesaria.

Los experimentos del Dr. Emoto prueban: 1º) por qué el optimista suele estar – o, por lo menos, sentirse – sano, y el pesimista, enfermo; 2º) que el primero será más feliz que el segundo; 3º) que es mejor crear y mantener pensamientos y emociones positivos que negativos; y 4º) que – y esto es importante – no tenemos derecho a quejarnos de la vida, cuando somos nosotros los que nos la creamos libremente cada día.

Claro que el karma que arrastramos nos hará ser más o menos proclives a esas posturas pero, no obstante, en todo momento seremos libres de elegir nuestra línea de actuación. Porque somos seres libres. Libres en cada instante de nuestras vidas. Y, si somos libres y lo sabemos, y conocemos - con eso bastaría – los experimentos del Dr. Emoto, nos será muy fácil mantenernos sanos y felices, con sólo crear pensamientos y emociones y acciones positivas.

h.- Además de todo lo dicho, hay otro tema que incide en nuestro estudio, del que no se ha hablado con detalle por los ocultistas clásicos, salvo en una obra de Leadbeater, a la que no se ha dado la suficiente importancia, y que es el de la sustancia elemental. Y creo que ya vale la pena hablar de este tema.

La sustancia elemental es la base de toda la creación, el primer aspecto que adopta lo que un día será materia, es decir, la primera vibración compenetrada por Dios y animada por la vida de Dios, que nace a la manifestación. Todos nosotros o, mejor dicho, nuestros cuerpos físico, etérico, emocional y mental, empezaron su vida como futuros vehículos de espíritus inmortales, estando constituidos sólo y exclusivamente por sustancia elemental, lo que se produjo durante la Cadena de

Períodos anterior a la actual, que empezó con el que llamamos Período de Saturno. Luego, en el transcurso de ese Período de Saturno, el primero de la existencia de nuestro cuerpo físico como vehículo individual, pasamos, a lo largo de millones de años de evolución, de ser sustancia elemental a ser materia mineral, es decir, de no tener conciencia alguna a tener la conciencia que tienen los actuales minerales, que es la de trance profundo, y que sólo les permite sentir presión y, esporádicamente, temperatura. Porque la sustancia no tiene conciencia propia individual, pero la materia, sí.

Esa sustancia elemental que surge de Dios, se va densificando y alejando de Él, hasta llegar a su mayor densidad evolutiva, para regresar, cada vez más espiritualizada y evolucionada, otra vez a Dios. Por tanto, en todos los mundos hay sustancia elemental de todas las vibraciones posibles, desde las más groseras – involucionando - hasta las más elevadas, que están ya evolucionando y camino de convertirse en “materia”.

Las cinco particularidades más importantes de la sustancia elemental y que conviene tener presentes son:

1ª) Que está en todas partes, que lo ocupa todo, lo penetra todo y lo influye todo, porque es el “material de construcción” del Cosmos.

2ª) Que no tiene forma y no está individualizada.

3ª) Que acude siempre adonde se encuentra su especial vibración y, una vez allí, se suma a la existente y la multiplica exponencialmente.

4ª) Que, aunque no es ni siquiera un ser, ni posee conciencia propia, sí tiene una tendencia a la sobrevivencia, que la hace acumularse y, así, reforzarse y pervivir y dirigirse hacia abajo, más lejos de Dios si está aún involucionando, o hacia arriba, regresando a Dios, si está ya evolucionando.

5ª) Que, aunque tiene tendencia a involucionar, primero, y a evolucionar, después, ese rudimento de voluntad es más débil que la verdadera voluntad humana, o sea que, si un hombre ordena algo a la sustancia elemental, estando seguro y consciente de su condición de dios creador, la sustancia elemental se verá obligada a obedecerle.

6ª) Que, si nuestra vibración es negativa, atraemos sustancia elemental involutiva de la misma vibración, es decir, que está en su tramo de alejamiento de Dios y, por tanto, nos empuja hacia abajo. Y, como la humanidad – los vehículos y los espíritus que los ocupan - ya hemos sobrepasado esa etapa involutiva y estamos en la etapa evolutiva, que nos conduce de regreso a Dios, si cualquiera de nuestros vehículos (cuerpo físico, etérico, de deseos o mental) vibra negativamente, la materia elemental que atraigamos, que será negativa, nos dificultará esa evolución y nos alejará de Dios. En cambio, si vibramos positivamente, nos ayudará en ese sentido. De ahí la necesidad de vibrar positivamente todo el tiempo, en todos los mundos y en todas las circunstancias en que nos sea posible.

Es fácil, pues, entender que, si alguien vibra con una vibración negativa, por ejemplo, de odio, inmediatamente acudirá a él sustancia elemental de la misma vibración y aumentará la fuerza de esa negatividad. Y esa persona se sentirá en sintonía con quienes estén vibrando con su misma vibración Y, por el contrario, si vibra elevadamente, por ejemplo, con la vibración de la amistad, se verá enseguida rodeado por sustancia elemental de esa vibración que le reforzará su tendencia en tal sentido y le rodeará de amigos vibrando igual que él.

Eso explica lo que ocurre, por ejemplo, con la conducción de vehículos, al convertir, en un instante, a personas educadas y correctas en verdaderos energúmenos en cuanto, una vez en ruta, vibran negativamente por algo que ha hecho otro conductor (adelantamiento peligroso, frenazo inesperado, etc.), y atraen las vibraciones de sustancia mental y emocional elemental que han ido dejando, a lo largo de la carretera, los conductores anteriores, y que instantáneamente incrementan su negatividad hasta niveles insospechados y dependientes sólo de la cantidad de sustancia elemental atraída y de su tasa vibratoria. Y lo mismo ocurre en los campos de fútbol, por ejemplo, en los que, al vibrar uno negativamente, atrae las formas emocionales y mentales de sustancia elemental que han creado otros, se ven dominados por su multiplicación y acaban haciendo verdaderas barbaridades que, de otro modo, no hubieran hecho. Por otra parte, si uno va a un templo, cualquiera que sea su clase, o celebra un servicio

devocional con otras personas, ocurre lo contrario: que se ve alimentado por la sustancia elemental de esas vibraciones, con lo cual su positividad aumenta exponencialmente. Por eso, el resultado vibracional de una oración realizada por diez personas es muchísimo mayor que el doble de la producida por sólo cinco.

Es fácil también comprender, sabiendo todo esto, que esas tentaciones de que hablaban los santos medievales y contra las que entablaban enormes luchas, eran simplemente, las sustancias elementales que atraían cuando ellos mismos vibraban negativamente. Y que sigue siendo así con todos nosotros. Sólo hemos de observarnos un poco para comprobarlo.

i.- De todo lo dicho resulta que, además de estar creando nuestra vida física, estamos creando también nuestra vida emocional, nuestros sentimientos, nuestras emociones, nuestras pasiones, nuestras carencias afectivas, etc. Y que estamos continuamente influenciando y siendo influenciados por los actos, los sentimientos, las emociones, los deseos y los pensamientos de los demás, todos ellos formados también por sustancia elemental.

j.- Todo ello no quiere decir que el mundo no exista, porque el mundo existe, es una realidad. Pero no es como nosotros lo imaginamos. Porque nuestro cuerpo físico no es denso. Si lo observamos con un microscopio electrónico, comprobaremos que está formado por moléculas de distintas clases, pero que ellas, a su vez, están formadas por átomos, que no son sino pequeños sistemas planetarios con un protón, en el papel de sol central, y unos electrones en el de los planetas, mucho más distantes unos de otros de lo que nos imaginamos. En realidad, cada cuerpo físico humano, o animal, o vegetal, cada mineral, cada célula, cada electrón, cada partícula subatómica, no es nada más que un campo electromagnético que se manifiesta como vibración.

k.- Entonces, se pregunta uno: ¿qué somos, qué es nuestro cuerpo y qué es el mundo físico? Y la respuesta, la única respuesta, es la de que la materia no existe, que es una percepción, una creación nuestra; que la realidad, la verdadera realidad es que todo, absolutamente todo, es vibración, energía, y que Dios lo

ocupa todo y que todo forma parte de Dios y que todos los seres somos, por tanto, hijos de Dios y, consecuentemente, hermanos. De ahí que la ley natural, a los seres con autoconciencia y libertad, nos exija amar a todos los hijos de Dios, o sea, a toda la creación. Y que sea positivo todo lo que lo promueva, y negativo todo lo que se le oponga.

1.- Está claro, pues, que podemos mantenernos sanos si así lo queremos y lo creamos, porque podemos ordenar a nuestro cuerpo o, por mejor decir, al elemental de nuestro cuerpo físico – o del órgano afectado, pues cada órgano tiene también su elemental correspondiente – o a los elementales de las células de nuestro cuerpo, que se mantengan sanos. El problema estriba en que aunque, como nos han dicho todos los ocultistas serios, somos aprendices de dioses creadores y poseemos todas las facultades para serlo, hemos aún de desarrollarlas. ¿Y cómo hemos de desarrollarlas? Como siempre: practicando. ¿Y cómo se practica? Atreviéndonos, perdiendo el miedo, probando, comprobando, experimentando, equivocándonos, rectificando y aprendiendo de los errores...

Pero, como no nos acabamos de creer que somos creadores, – aunque todo lo que nos rodea en estos momentos y toda nuestra vida, lo hemos creado o lo estamos creando o lo hemos modificado o lo podemos modificar nosotros los humanos – actuamos sometidos a las leyes naturales, pero chocando con ellas en vez de ir a su favor y contar con su ayuda, y ellas, como es lógico, acaban venciendo. Si tenemos en cuenta esas leyes y, libremente, actuamos y sentimos y pensamos de acuerdo con ellas, podemos dominar todos los mundos de ficción y ser felices en todos ellos, por la sencilla razón de que los creamos nosotros y nos cuesta el mismo esfuerzo crearlos agradables que tristes, pero en el primer caso seremos felices y en el segundo, desgraciados.

Todo ello, sin embargo, con discernimiento y sin jugar imprudentemente a aprendices de brujos, pues existen fuerzas potentísimas en la naturaleza, que no conviene activar imprudentemente como, por ejemplo, el Kundalini, que es Fuego, una fuerza de la naturaleza, como también lo son el Agua, el Aire y la Tierra, a los que no podemos detener ni dominar, salvo que

hayamos alcanzado suficiente nivel evolutivo para ello. Y más de uno hay que ha sido fulminado instantáneamente o ha quedado trastornado mentalmente por pasarse de imprudente.

m.- Todo lo dicho no nos debe, sin embargo, llevar a negar la ley de Retribución o del Karma, porque hay conductas y actos nuestros cuyas consecuencias negativas han recaído sobre nosotros mismos, pero hay otros cuyas consecuencias han recaído sobre los demás, produciéndoles dolor, sufrimiento, etc. Las primeras, las que recayeron sobre nosotros, quedarán reflejadas en incapacidades, tendencias a experimentar dolencias, etc., que podremos vencer si sabemos hacerlo, como estamos exponiendo. En cuanto a las segundas, las que perjudicaron a otros, habremos de pagarlas mediante servicios altruistas, favores, oraciones, etc. Pero en ambos casos tenemos la posibilidad de minimizar la interpretación negativa del dolor y avanzar en la evolución tratando de ser positivos y de interpretar positivamente lo que nos suceda como ocasiones de reflexión y avance y servicio amoroso y desinteresado.

n.- La consecuencia última y verdaderamente impresionante de todo lo dicho hasta ahora, es que, si los cuatro mundos de ficción (físico, etérico, de deseos y mental) son ficticios, es decir, creados por nosotros mismos, también lo han de ser el infierno, el purgatorio y el primero y segundo cielos, que están en ellos. Y, por tanto, nuestros sufrimientos o nuestros gozos en ellos sólo dependerán de la idea que nosotros nos hagamos y de cómo interpretemos las vibraciones que en cada momento percibamos.

Precisamente, ese anclaje en los prejuicios (lo que nos han dicho o enseñado), crea grandes obstáculos, tras la muerte, a los Auxiliares Invisibles, cuando tratan de convencer a quienes se encuentran en los llamados infierno y purgatorio, sobre la posibilidad de cambiar su visión de las cosas y liberarse de los sufrimientos que ellos mismos, con sus pensamientos, han creado porque les dijeron que esos sufrimientos serían la consecuencia directa de sus actos. Porque, lo que ocurre en esos infierno y purgatorio (que están en el mundo emocional inferior) es que todo aquello que hicimos conscientes de que era negativo lo veremos

con perspectiva y nos arrepentiremos de ello, pero no seremos castigados ni atormentados por nadie, salvo que, como creímos que así sería, nos empeñemos en sufrir de ese modo. Pero siempre será una creación nuestra.

o.- Esto último nos lleva a disolver nuestras dudas, derivadas de la creencia - en que se nos ha mantenido durante milenios - de que los mundos de ficción son reales y son como se nos ha enseñado, y las derivadas de la existencia de un Dios cruel, vengativo, ilógico, que nos creó imperfectos y luego nos castiga por nuestras imperfecciones, para encontrarnos con un Padre amoroso y solícito que lo único que ha hecho ha sido crearnos en Su seno, dentro de Él mismo, como partes de Él, como células de su cuerpo - como las células de nuestro cuerpo forman parte de nosotros - para, por medio de nosotros, vivir en los distintos mundos y, de ese modo, conocerse a sí mismo y seguir evolucionando. Lo mismo que hacemos nosotros viviendo y, al vivir, ir extrayendo y poniendo en acto todas las capacidades divinas que tenemos en potencia, ya que la vida es una sucesión interminable de decisiones y en cada una de ellas hemos de enfrentar un problema y extraer una solución de nuestro caudal interno de seres creadores. Porque el ser al que llamamos Dios, el Creador de nuestro Sistema Planetario, es también un ser en evolución, aún no perfecto (como no lo son los Hermanos Mayores ni los ángeles ni los arcángeles, etc., aunque algunos estén más cerca de la perfección y, por tanto, de Dios, que otros) y, como nosotros, para seguir evolucionando, necesita conocerse a sí mismo.

Recordemos, pues que, al ser todos partes e hijos de Dios, somos hermanos y eso justifica que la ley natural nos exija el amor incondicional a todo lo existente, porque todo forma parte de Dios, todo es y está en Dios.

Y terminaré con un pequeño diálogo para pensar:

- ¿Por qué no nos amamos? ¿Qué es lo que se opone al amor?

- El miedo.

- Pero, el miedo ¿a qué?

- Al amor.